

VENTANAS DE PAPEL

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN
EL VICIO IMPUNE

Fernando Savater, en sus brillantes campañas contra la prohibición del consumo del tabaco en los lugares públicos, suele citar una definición de Ambrose Bierce: «Abstinentes: persona de carácter débil que cede a la tentación de privarse de un placer. Un abstigente total es aquel que se abstiene de todo menos de la abstinencia y de no intervenir en los asuntos ajenos». Y poner como ejemplo de las nefastas consecuencias de seguir los dictados de lo políticamente correcto a Adolfo Hitler, que no fumaba, no bebía y además era vegetariano.

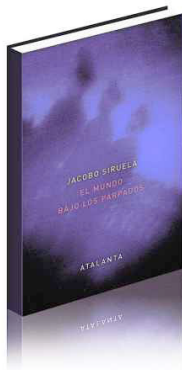
Hitler era también algo más: un gran lector. Pocos libros tan apasionantes como *Hitler's Private Library*, de Timothy W. Ryback, publicado por Destino con una inadecuada cubierta y un título, *Los libros del Gran Dictador*, más llamativo. Nadie, sin embargo, le cita como ejemplo de los inconvenientes de la lectura, el único vicio impune.

Leer mucho, o leer a secas, durante siglos no estuvo bien visto. Los libros, se decía en el Siglo de Oro, «llevan a los hombres a la hoguera y a las mujeres a la casa llana», al prostíbulo. A los primeros por hacerles pensar y a las segundas por avivar su pecaminosa imaginación.

Hitler leía novelas policíacas y algodonosas historias románticas; por Karl May sentía pasión. Le gustaban también los libros, muy ilustrados, de arquitectura y pintura, materias en las que se creía experto. Pero su verdadero alimento espiritual estaba en las obras que confirmaban sus obsesiones antisemitas y en los anuarios militares. Sobre el material de guerra y el armamento de cada país se lo sabía todo. A sus generales los abrumaba con una prodigiosa memoria que disimulaba su impericia y sus caprichosas ocurrencias.

La lectura, a Hitler, no le hizo mejor: le ayudó a ser Hitler. Como la mayoría, nunca leyó sino para pasar el rato o reafirmarse en sus convicciones. Leer tiene mejor fama que ver la televisión, pero no suele resultar más provechoso: Hitler, a pesar de sus muchas lecturas, conservó siempre una pésima ortografía.

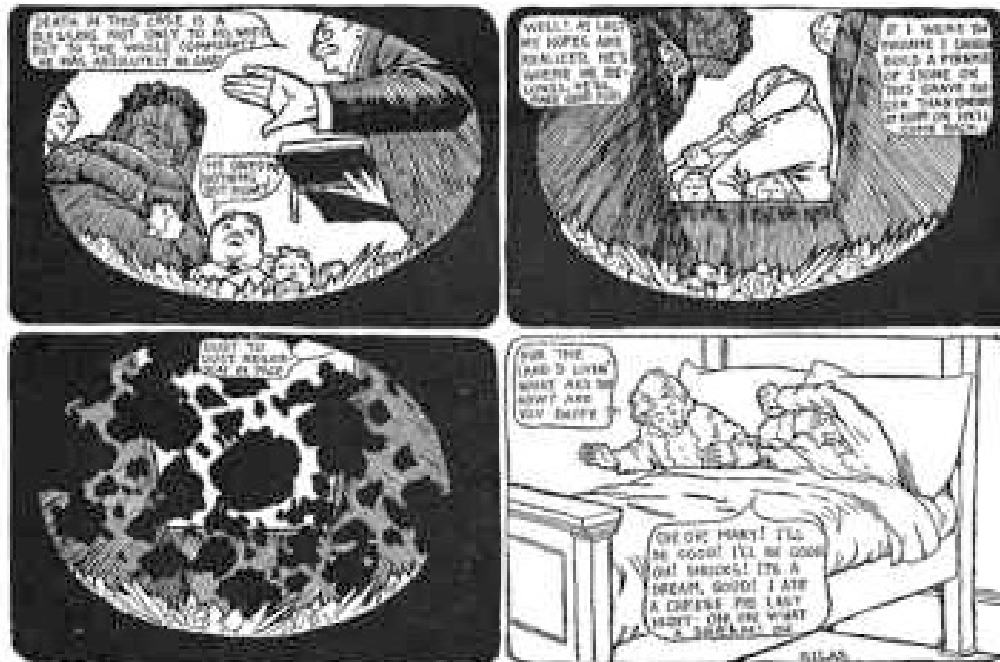
EL SUEÑO DE JACOBO



EL MUNDO
BAJO LOS PÁRPADOS

JACOBO SIRUELA
Atalanta
Vilaür (Gerona), 2010
349 páginas, 23 euros

★★★★★



Para arecía inevitable que Jacobo Siruela, a la hora de decidirse a tomar la pluma, se estrenara con un libro dedicado a los sueños. El onirismo en todas sus variedades ha sido un tema que le ha interesado desde siempre como editor, como lector y, en fin, como persona infinitamente curiosa que es. Recuerdo una conversación de 1999 en la que el futuro autor de *El mundo bajo los párpados*, ante una observación mía sobre Descartes, me recordaba lo interesantes que eran los sueños del pensador francés. Ahora la reflexión sobre los famosos sueños de Descartes aparece desarrollada en las primeras páginas del

libro que comentamos. Es obvio que nos hallamos ante una obra largamente meditada y que surge de toda una vida de lecturas y reflexiones.

Sin embargo, *El mundo bajo los párpados* no es en absoluto el libro que uno se esperaría encontrar o, al menos, el libro que este lector se esperaba encontrar. Porque no se trata de un ensayo de tipo general sobre el tema de los sueños, ni tampoco de una historia de los sueños, ni mucho menos de una especie de galería de curiosidades y noticias pintorescas. Se trata de algo mucho más infrecuente y todavía más estimulante. Un libro atrevido, valiente, polémico, escrito con una pasión a ratos desbordante, en el que Jacobo Siruela se adentra en un territorio difícil y rabiosamente actual que ya llevaba tiempo explo-



Jacobo Siruela (arriba) se adentra en el territorio del onirismo. En la imagen superior, viñetas de un cómic de principios del siglo XX que aborda el tema del sueño

rando como editor. Es el territorio intermedio entre lo que podríamos llamar «mística» o religión (de las cuales nuestro autor se separa con claridad) y la visión mecanicista y literal de cierto pensamiento positivista que se presenta a sí mismo como «científico» o «racionalista». Es decir, el territorio intermedio de la hermenéutica, de Jung, de Hillman, de Patrick Harpur, de Corbin, de Eranos, aunque Jacobo Siruela no se presenta como epígono de ninguna tradición, sino (y esto es lo más sorprendente) como pensador independiente, como agitador intelectual.

Los dioses antiguos

Podríamos argüir incluso que el tema de los sueños es en realidad una excusa, un mero camino utilizado por el autor para abordar un tema mucho más vasto: el de la realidad del mundo interior de la psique; la constatación, en fin, de que vivimos en múltiples dimensiones y no sólo en este cuadrado tridimensional que define la ciencia mecanicista.

El segundo capítulo, dedicado al culto de Asclepio y a la práctica de la «incubación» en los templos griegos es ya absolutamente fascinante. Hay unas páginas memorables (86 y siguientes) en las que el autor explica lo que son los dioses antiguos. En pasajes como este vemos al autor haciéndose uno con su materia y hablando no desde fuera, como el erudito, sino desde el corazón vivo de un lugar y un paisaje del pasado remoto que adquieren, de pronto, pleno sentido y realidad. Ante páginas como estas sólo podemos sentir admiración y gratitud.

El penúltimo capítulo es un largo *crescendo* perfectamente ordenado y graduado en el que Jacobo Siruela une a Jung con la física (aunque Jung y la física ya estaban unidos en la relación del médico suizo con Pauli) para presentar de la forma más sugestiva su argumento de que la naturaleza atemporal y precognitiva de los sueños es una de las pruebas más evidentes de la existencia de una dimensión psíquica ajena al tiempo y al espacio.

«La separación entre la realidad física y psíquica es nuestro gran asunto pendiente», escribe Jacobo Siruela. Quizá este sea el verdadero tema de este libro fascinante.